EL DIA

AÑO V - Nº 171 - 172
Montevideo, Abril 26 de 1936



Plaza Cagancha

FOTO R. y J. CARUSO

177



Perspectiva de la calle 18 de Julio en 1866, permitiendo ver las primeras obras de cimentación de la columna.

FOTOGRAFIAS DE LA COLECCION DEL AUTOR

LA ESTATUA de la PLAZA CAGANCHA

PODRA discutirse si la columna de la Plaza Cagancha que corona la matrona en bronce modelada por Livi fué erigida en honra de la Libertad, de la Ley, de la Paz y hasta de la Revolución triunfante en 1865.

Hay argumentos para sostener cualquiera de las tesis.

Lo que nunca podrá discutirse, en cambio es que la estatua de la Plaza Cagancha constituye una lección, permanente y formal, de modestia y sencillez ciudadanas.

Analizando las circunstancias que concurrieron a su elevación y la época y el temperamento político de la hora, aquella opinión individual ha de ser compartida por muchos de mis consecuentes lectores.

Erigida bajo el gobierno discrecional del general Venancio Flores, en los días en que la carrera política del caudillo estaba en su ápice, la iniciativa surgió de uno de los militares que lo habían acompañado en la revolución triunfante y en esos momentos jefe político de Montevideo.

La estatua de Livi constituía entonces el único monumento público de esa índole existente en la capital y desde luego en toda la república, atreviéndome a pensar que en Buenos Aires tampoco había otro que no fuese la Pirámide de Mayo tan modesta de fábrica como gloriosa.

Los materiales nobles, las líneas esbeltas y la elevación del fuste realzaban todavía el mérito del monumento que, en medio del descampado de la plaza, cruzada por la desolación de la calle 18 de Julio, entre casas paupérrimas y barracones, destacaba la silueta de una columna romana.

Pues bien, en semejantes circunstancias de excepción, ni el gobernador Flores se sintió tocado de vanidad, ni el jefe político cayó en pecado de adulación, y el monumento se inauguró sin ninguna inscripción conmemorativa, sin un nombre, sin el simple, obligatorio al parecer, milésimo de 1867, siquiera.

La lección de la estatua no se discute.

Y más notable esta modestia del vencedor y este pudor de un funcionario subalterno impermeable a la adulación, aquí donde el afán de notoriedad desasosiega a los de arriba y donde. abajo, hay quienes viven atisbando el instante de la reverencia y de la bajeza grata al amo...

✚ ✚ ✚

La primitiva idea de los que pensaron en levantar un monumento público a raiz del cambio efectuado en el país el 20 de Febrero de 1865, fué erigido en el centro de la plaza Constitución, ocupado nada más que por una vereda circular enlozada.

Dentro de ese marco el jefe político Coronel Manuel M. Aguiar solicitó algunos proyectos en forma privada, a los pocos artistas existentes entre nosotros.

Dos escultores respondieron al llamado, José Livi, italiano, y Andrés Bramante, que supongo italiano también y del cual no tengo mayores noticias.

Livi no era la primera vez que encaraba un asunto semejante.

En los últimos días de la presidencia de Pereyra, tenía confeccionada la propuesta para construir en la misma plaza una estatua en mármol de la Constitución, de tres varas de alto, sobre una columna redonda de cuatro varas por una y media de diámetro, destacada sobre una gradería de tres peldaños, cuyo costo se calculaba cuatro mil patacones.

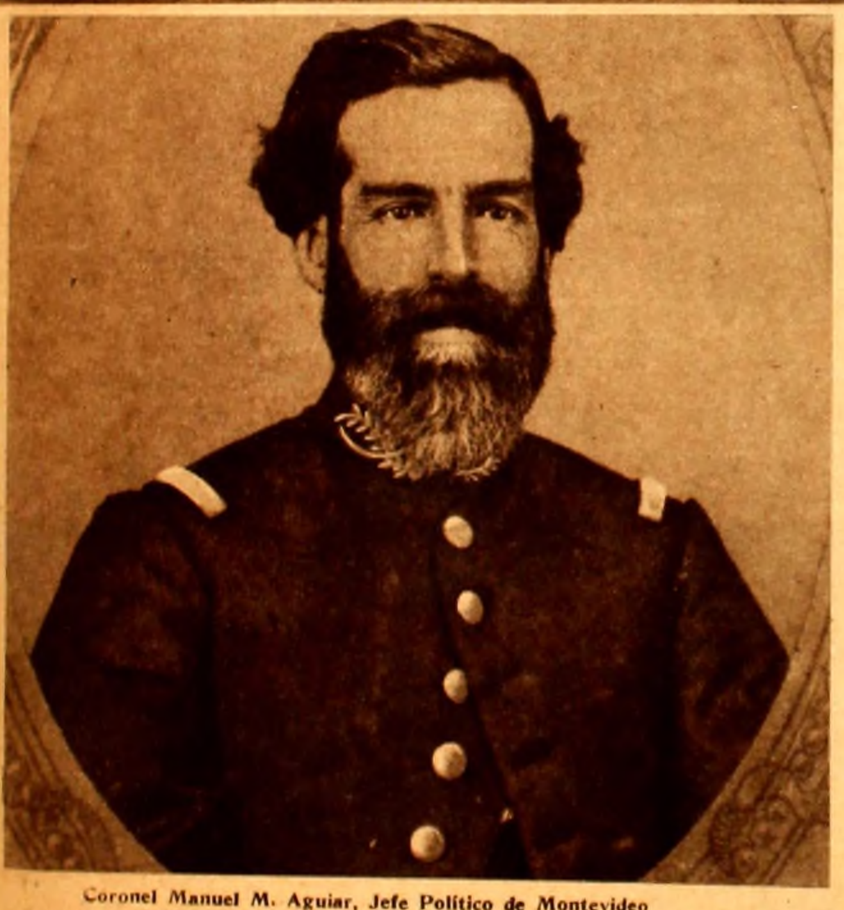
Al diferir al pedido del Coronel Aguiar, Livi presentó dos proyectos distintos y Bramante uno, que exhibió al público en su taller, calle 25 de Mayo N.o 55.

De los proyectos de Livi uno era más estudiado que el otro y en mayor tamaño. Representaba la Libertad teniendo en la mano el libro abierto de la Constitución.



Proyecto primitivo de la columna, según dibujo del escultor Livi.





Coronel Manuel M. Aguiar, Jefe Político de Montevideo a quien se debe la idea de elevar el monumento.

La estatua de la plaza Cagancha en 1867, a los pocos días de inaugurada. — A la derecha: grupo de casas de altos de la esquina San José y Yi, existentes todavía.

Mediría 16 varas y en el pedestal iba esculpido el escudo nacional.

José Livi, después de vivir algún tiempo en Buenos Aires y Entre Ríos, había llegado a la república el año 59, anunciándose como alumno de las academias de Florencia y Carrara.

Estableció el primer taller en la calle Andes N.o 62 donde tenía expuesta su escultura "La Caridad", grupo de tres figuras existente ahora en el Hospital Maciel.

Según los términos de una carta de presentación del Arquitecto Bernardo Poncini al presidente Gabriel Pereira, fechada en enero de 1860, Livi era su concepto "el primer artista de escultura que ha venido al Río de la Plata" añadiendo "que si quería confiarle la formación de su busto estaba seguro que sabría desempeñarse como verdadero profesor que es".

◆ ◆ ◆

Aceptados los servicios de Livi, éste modificó su proyecto de acuerdo con las ideas y sugestiones de los señores de la Comisión Popular que secundaba celosamente la iniciativa y trabajos del coronel Aguiar.

La obra definitiva traducida a las dimensiones correspondientes quedó ajustada en 7.200 pesos.

La jefatura puso en manos del fundidor Ignacio Garragorri dos cañones de bronce para la estatua.

Poco después principiaron los trabajos de cimentación en el cruce de las calles 18 e Ibicuy.

Acompaña a esta crónica una vista panorámica de la que hoy es nuestra primer avenida capitalina donde se ven las piedras amontonadas, al costado de la fundación en marcha.

En Enero de 1866 la figura fué fundida en bronce.

Actualmente está modificada pues la espada romana que ostentaba en la mano derecha se le quitó, colocándole en la muñeca una anilla con fragmentos de cadena rota.

Con estas variantes se entendió, durante un gobierno posterior que el simbolismo de la estatua acentuábase en sentido de personificar la Libertad.

El gladio esgrimido en la diestra y la planta del pié hollando la cabeza de un monstruo abatido, inducían a pensar que la esbelta matrona fuese no ya la Libertad clásica, impersonal, sino la Libertad de la Cruzada del 63-65, y como entonces los vientos que soplaban eran del sector de la fraternidad nacional, las modificaciones tuvieron andamiento.

El 20 de Febrero de 1867, aniversario segundo del triunfo de la revolución florista, el mismo general pudo inaugurar la estatua de la plaza Cagancha.

Desde el 29 de Diciembre de 1865, esta plaza había recobrado su primitivo nombre, cambiado durante el gobierno de Aguirre por el de Plaza 25 de Mayo.

El batallón Libertad, al mando del coronel Fortunato Flores formaba en alas por la calle 18 y en una de las rinconadas de la plaza estaba una sección del regimiento de artillería.

Inició los discursos el jefe político Aguiar siguiéndole el señor A. Labandera en nombre de la Comisión Popular.

Respondió el Gobernador con la sencillez cordial que lo caracterizaba, en términos de inspirado patriotismo, y procedió a descorrer la cortina.

Los veintiún cañonazos de ordenanza conmovieron las viejas paredes circunvecinas y un momento después la comitiva oficial encaminábase a la ciudad vieja donde, en la calle Sarandí, debía ser inaugurado el nuevo edificio de Correos: la misma casa que todavía presta servicios pero con un piso alto únicamente.

◆ ◆ ◆

Aislada en medio de la plaza, sin ninguna defensa contra un posible accidente de tráfico permaneció la estatua, por varios meses.

Los cuatro pilares de mármol que figuran en el proyecto y que debían sustentar una cadena no se aceptaron o no se pusieron nunca.

Recién siendo jefe político de Montevideo José Cándido Bustamante, en 1868 la estatua fué rodeada por una verja de poca altura que la resguardaba sin perjudicar la perspectiva.

Con igual fecha se prohibió el tránsito de vehículos a través de la plaza, restablecido ahora, no hace mucho.

J. M. Fernández Saldaña

YAGHTING. DISPUTA DE LA COPA "SVEA"







ORGANIZADA por el Club Nautilus se realizó la semana pasada la segunda regata para damas, organizada por la prestigiosa corporación naútica, disputándose la copa "Svea", entablándose una lucha entre las siguientes tripulaciones: Srtas. María Inés Sosa Díaz con Milton Leidekar, en U 12; Margarita Sosa Díaz con Eduardo Sosa Díaz, en U 13; Elsa Percivale con Sócrates Rondini, en U 16: Marta E. Regalia con Carlos Regalía, en U 19.

La Srta. Margarita Sosa Díaz, una de las timoneles que cuenta con más horas de pilotaje, logró, precisamente en virtud de esa práctica, imponerse en la interesante regata. Esta fué corrida sobre dos vueltas al triángulo, vale decir, sobre una distancia de 4 millas.

Completan la nota fotográfica dos aspectos del Club Nautilus, advirtiéndose entre los ventanales una hermosa vista de la Rambla.



DOS POESIAS de JULIA CLAVEL



TRIUNFAL

Plenitud, te dije... Plenitud!, no es cierto?
Plenitud de fruta madura en el huerto!
Plenitud de ríos anchos y profundos...
Todas las riquezas que atesora el mundo!

Todas las riquezas y todos los dones..
Madurez de frutos, sueños y canciones!
Ah! no sé qué grito podría expresarlo,
ni conozco boca que pueda cantarlo!

La entera y profunda madurez total!...
Todo lo que llegue me hallará madura
con una encendida fragancia frutal
y un insospechado sabor de dulzura.

Sombra del crepúsculo... Otoño, qué intentas?
Tiéndeme tus garras, suelta tus tormentas.
Frente a tu locura me he de alzar igual,
colmada y enorme, gozosa y triunfal!

TU

De tanto imaginarte ya te tengo creado,
Hombre que vas a darme a gustar ambrosías..
De tanto imaginarte mi alma te ha forjado
en un perfil preciso entre estas manos mías...

Con sangre de mis propias venas te has nutrido,
que a fuerza de soñarte te estoy regando vida.
De todos mis ensueños vendrás enriquecido,
gota a gota yo soy en tu ser diluída...

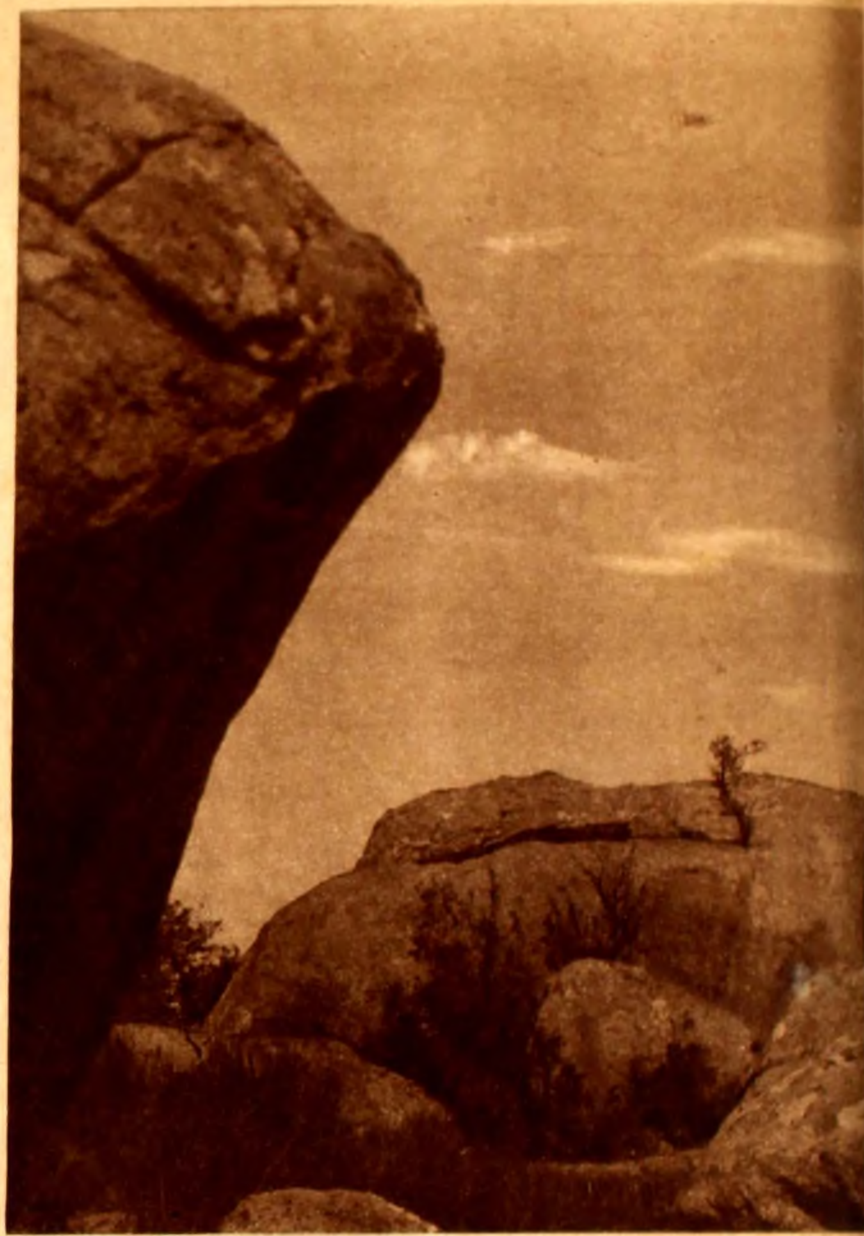


Tengo los labios firmes como por ti sellados...
Han recogido ya tus mieles de embeleso
y a todo otro contacto mi boca está tan fría.

que se quedan negados, hondamente negados
a saber de otro beso que no sea tu beso,
aunque toda tu carne no es sino "cosa mía"

ILUSTRACIONES de SIFREDI



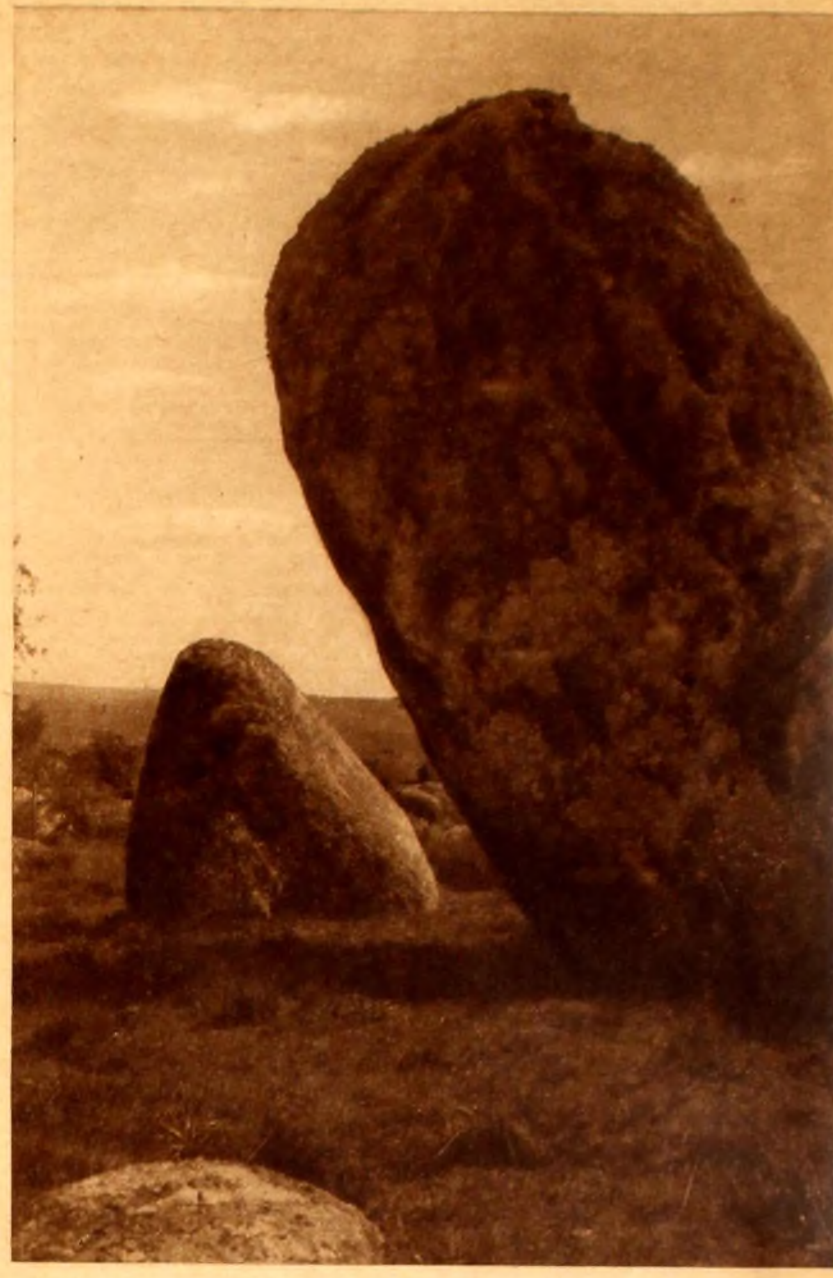


SIERRAS D

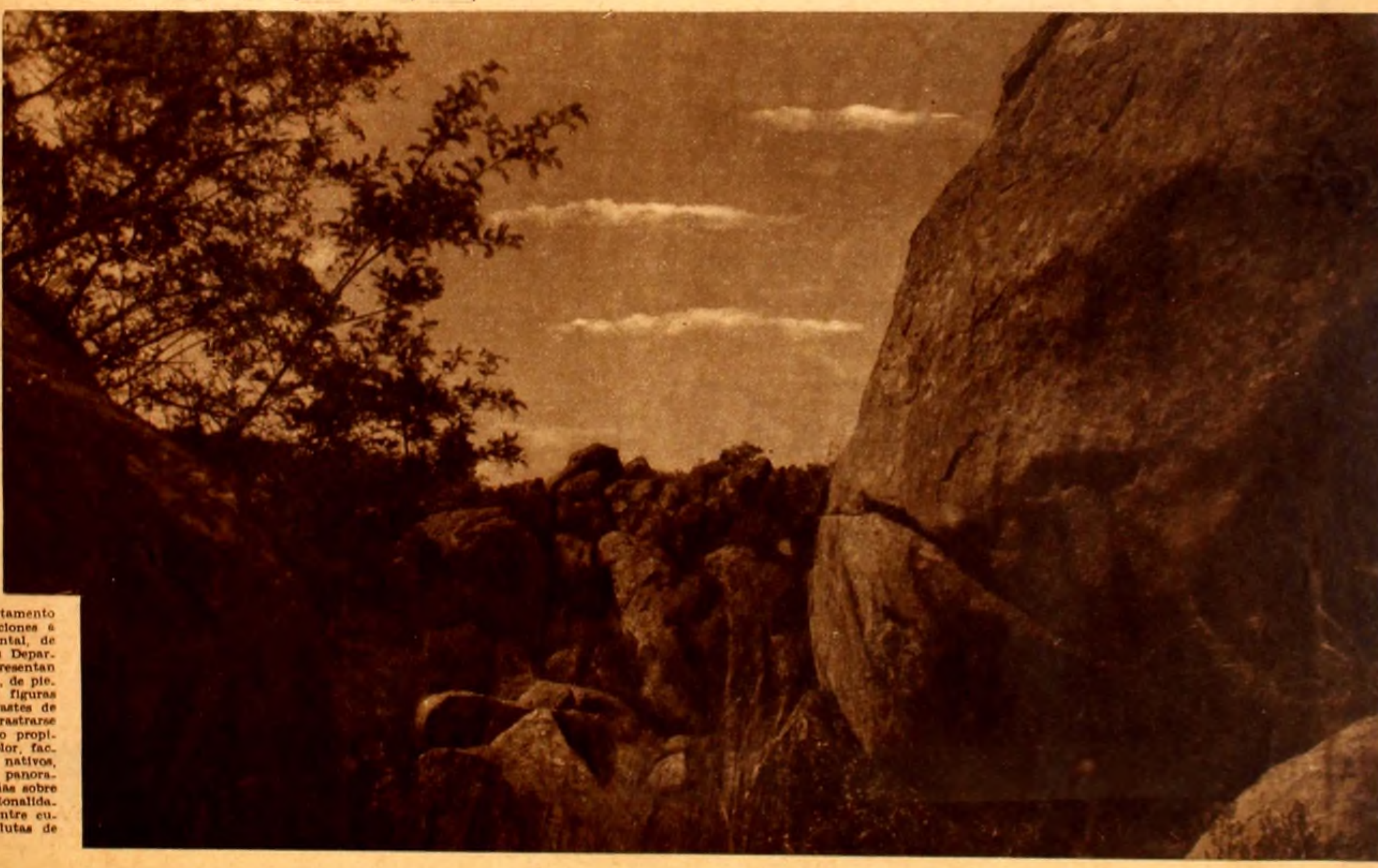


LAS sierras
de San J
la orograf
suaves cuchill
tamentos de
prominencia a
dras redondes
curiosas de m
sombra parece
por entre los
cio a la form
tor esencial d
valoriza de n
mas en que c
el tostado de
des verdes de
ya agresividad
humo, vellon





E MAHOMA



thoma, en el Departamento
una de las excepciones a
la República Oriental, de
s solamente en los Depar.
eja y Maldonado presentan
dosas. Esta serranía, de pie.
inge en sus moles figuras
os que a los contrastes de
ir sus fauces, o arrastrarse
les, dando elemento propi.
de consejas. El color, fac.
eza en los paisajes nativos,
xtraordinario estos panora.
la el gris de las peñas sobre
sturas, y las ricas tonalida.
rbustos espinosos, entre cu.
quedado, como volutas de
lana.

LA GÜEYA

POR YAMANDÚ RODRIGUEZ.



FUE cuando el desastre de "Pago Largo". Beron de Astrada ha perdido la pelea y va a perder la vida. Los clarines federales vienen tocando a degüello. No hay cuartel. Sobre todo el campo, limpio de húmo ahora, se ven jinetes "rojos" que desatando las "Tres Marias" atropellan a sus corceles y caballeros azules, que fían su salvación a las nazarenas silenciosas y al rebenque sonoro. En esta "picada", algunos vencidos caen de los caballos "boleados" y se enredan en la muerte. Más allá, entre 'polvaredas" se ven chispas de sables. Galopan caballos sin jinetes. Aletean con los estribos. Vuelan. La brisa trae de arrastro trozos de clarinadas. En poniente, el sol se retira protegido por una división de lanceros. Va "lastimao". Sangrante.

El regimiento de Húsares Correntinos amaneció con sus cuatrocientos hombres; a primera hora, su coronel, soldado de los Andes, los arenga y carga contra al artillería de Echagüe. Van hombro con hombro. En silencio. Tiembla el campo. Las balas del cañón surcan, astillan; [illegible] ean el testuz hasta que el regimiento se detiene vibrando. Han caído cien hombres. El resto remolinea, enjambrado. Sostiene al coronel, que agoniza y quiere morir en su ley: a caballo. Entonces, medio millar de federales se les echa encima. Surgen de pronto. Parece que el humo se enciende, chispea, quema. Arden chiripaes y tercerolas. Los húsares echan pie a tierra. Envainan, apoyan sus carabinas en los bastos y el enjambre recibe en los aguijones al enemigo. El jefe expira. Cae. Se afloja el puño y los correntinos vuelven a saltar y a mecharse entre los contrarios. Pelean hasta morir. Cuando el compañero rueda sobre el pasto y pide un tiro para salvarse del degüello, se lo dan como la absolución. Después montan y se hunden en el entrevero.

Ha entrado el sol. Ya ningún "azul" se defiende. Ochocientas yugulares partidas a facón surten un río de sangre donde retiñen sus divisas los vencedores.

Tarda en llegar la noche...

—¡Candelario! — grita el sargento Colmán— ¿Venís a'l?

—Por aura sí, sargento — responde Candelario Paez, recluta. Está recién "cristiano". Durante la pelea gastó coraje y caballo. Aún conserva de aquél; pero la bestia se le acaba. La trae sostenida en las espuelas, en las garras, como el águila al cordero. A cada instante, el animal desfallece, tambalea, ara con el hocico...

—¡Hup!— le anima el húsar.

—Si te quedás de a pie — vuelve a gritar el "class" — saltá en ancas del mío!

—¡Gracias, sargento!

Colmán huye para salvar a ese "puñadito" de tropa que se amadrinó al cencerro de su coscoja. Por él daría cara a los "diablos". No tiene querencia. Es criollo de un pago distante. Poco ha dejado allá: un campo que se achicó cuando la dolencia de su compañera y un rancho que se agrandó cuando su viudez. Vistiendo luto por ella, buscó refugio en el cuartel y ha sido "visita" en su casa. Cada tanto tiempo la iba a ver como veía a sus otros difuntos. El regimiento fué su familia. Hoy la perdió. Quedó solo por segunda vez. Por eso, al caer la tarde sobre tanto muerto, Colmán maneó el caballo para quedar allí, con ellos. Y combatió a cuchillo, con odio. Le ahumaron las barbas grises. Olía a osamenta. Nadié le hirió. En eso, una decena de muchachos se dispusieron a morir con él. Colmán no aceptó. Eran casi todos mozos. Acaso tuvieran amores... por ellos, en muchos pagos, suspirarían madres y mozas... Pensó que a esa misma hora del atardecer ellas saldrían a las tranqueras a esperarles... a esa hora en que se apaga el día y se encienden ausencias. Y saltó a caballo para sacarles del tembladeral. Ahora les conduce como de la mano, pago adentro, mientras el galope acuna su pontezuela...

—Che, Serapio — pregunta al "ahijao" — ¿vos tenés madre viva?

—Yo, sargento, no conocí a mi madre — responde el húsar, mirando hacia retaguardia, donde a cada instante puede aparecer "la sombra"...

—¿Qué jué del alférez Núñez?

—Lo mataron... — el húsar señala un bulto grande que se mueve apenas, a pocas cuadras delante — ¡Por fin la hallo! -- exclama.

—¿Qué es?

—¡La carreta 'e Rosalía, sargento!

Este Serapio Aguilar es hombre de treinta años. Alto, moreno y triste. Usa melena trenzada. Tiene la piel caoba, muy blancos los dientes y dulces las pupilas. En los fogones pulsa la vigüela y, sin mediar pedido, canta engolado, con quejumbre de pirincho, compuestos sentimentales. Habla poco. En la charla de los demás suele encontrar la senda de un recuerdo y alejarse. Al ver la carreta de la china cantinera, respira hondo y pregunta:

—¿Estamos muy en peligro, don Colmán?

—Sí. La muerte anda bien montada. Les rastrea. Ya desborda por los flancos. A lo lejos se ve blanquear la espuma de sus "cribaos". Dentro de minutos, el "borbollón" puede caer sobre ellos y apagarles...

—¿Por?

—No quisiera morir aquí — dice Aguilar. Señala el vehículo de la cantinera — que marcha trastabillando en vanguardia, y agrega—: Pero allí nomás, a la vista de esa china, se me hace juego guapiar...

—¿Andás queriendo a Rosalía?

—Talvez, don Colmán... — responde el cantor —. Se lo confío... a ella nunca le dije nada... ni hubo pa qué...

De retaguardia llega un grito:

—Adiós... hermanos!

El sargento sofrena. ¿Quién pretende quedarse a que lo degüellen? Recuerda que Candelario trae el caballo "aplastao". Galopa a retaguardia. Ve un húsar "de a pie'. Reconoce a Clodomiro Suárez, Rubio, pequeño y agrio. Hace tiempo cruzaron unas palabras filosas. No se saludan desde entonces. En este momen, Colmán sólo tiene un enemigo: el federal.

—Soldado Suárez — dice.

—¡Presiente !

—¡Salte en ancas!

La "gauchada" del sargento conmueve al húsar.

—Colmán — dice éste tendiendo la diestra sudada—, lo que usté me ofrece es algo grande! Yo no debo acetarlo... pero quisiera ser su amigo en el pucho 'e vida que me quede... Le pido disculpas... ¿oye? ¡Deamé la mano!

Colmán, silencioso, accede. Las diestras vibran en el apretón.

—¡Monte, Suárez !— exclama —. ¡Y pronto!

En retaguardia, sobre la playa de poniente, asoma un grupo de enemigos. El sargento les observa, ceñudo. Si esos vencedores montan caballos de refresco, pronto les alcanzarán a lanza y grito. Luego, Colmán y el "enancao" reinician la fuega. Delante, a media legua, se ha detenido un monte y les aguarda. Allí pueden salvarse. ¿Quién llegará primero: el cuchillo o el monte? Si los federales ganan esa carrera, Colmán tiene campo y coraje donde soltar los ":cansaos", formar un ruedo, el último fogón y pasar de mano a mano helada el cimarrón de la muerte.

Van a cuatro talones. Se unen a los húsares.

—¡Se vienen! — exclama el sargento —. Suárez, subí al caballo de Aguilar... Gasten espuela y mancarrones derecho al monte...

—¿Y usté, Colmán?

—Yo soy el mejor montao; viá quedar atrás pa medio entretener a esos diablos...

Mientras Colmán se apea y amartilla su tercerola, el grupo de húsares parte a galope. Se acercan a la carreta de Rosalía. Desde el pértigo, la cantinera clava en los bueyes sus gritos agudos.

—¡Yaguané!... ¡Bandera!

Los terrones hacen trastabillar el último porrón de ginebra. Hamacan una guitarra con cintas azules en el clavijero. Desde que el regimiento inició la campaña, los húsares buscaban el abrigo del carretón y entre trago y trago se iban poniendo decidores. Rosalía era entonces la hermana de todos; una emoción familiar que repartía en la nostalgia de la ausencia, vasos de regocijo. Después la dádiva bajaba del corazón a los puones. Entonces la china de ojos largos, pecho pobre y caderas combas se convertían en la hembra. Hacíase amor el coraje. Las manos iban como caricia a los cuchillos. Bramaba en el aire caliente de siesta y caña el piropo brutal. Para esos momentos Rosalía reservó su vigüela. Calmaba a los machos poniéndoles tristes. En el carretón, una "güeya" abría caminos, entibiaba hogares, llamaba al silencio... Y al final del toque, unos estaban dormidos de ginebra y otros de melancolía...

—¡Yaguané!... ¡Bandera!

Los federales avanzaban de todos los "rumbos", en tropel, a cuchillo. Hay una ondulación de chiripaes en llamas, de alaridos y de boleadoras; víboras con tres cabezas que "estaquean' 'al rendido para que los facones piquen su yugular. Se acercan en media luna. Matando.

Arreado por la muerte, el grupo de húsares alcanza a Rosalía. La rodean como diez avispas a una flor.

—¡Ganen el monte! — les grita la cantinera — ¡Juyan!

Serapio Aguilar es quien responde:

—No!

Cuando el sargento Colmán se une a ellos, empieza a cruzar las primeras "moras". Algunos sables "picanean la yunta". Trotan los bueyes. Ahora el monte destaca una guerrilla de talas. Ya se oyen los insultos del vencedor, que amenaza cerrar sobre los fugitivos una armada de "fierro'. Quizás "erren el tiro". Queda entre los flancos una rendija de horizonte...

Pero cae muerto un buey. La carreta clava el pértigo. Se hace rancho; un rancho cercado de cardales. Nadie huye. Sin esperar la orden de Colmán, se "tiran al suelo". Largan los caballos. Empuñan sus tercerolas. Diez húsares van a morir allí defendiendo una mujer y una guitarra: la madre y la cuna.

—Sargento — suplica la cantinera—: ¡mándelos que se vayan!

Colmán no dispone de tiempo pa perder en cumplidos. Coloca cuerpo en tierra a sus hombres. Por entre el rodaje estrellado, junto al "muchacho", sobre el vientre del buey caído, aparecen las bocas de las carabinas. Ninguno pronuncia palabra. Piensan en sus pagos. Rosalía se sienta en el suelo con la vigüela en las faldas. El sargento pone una rodilla en tierra y reza por todos:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Tienen sed y ausencias. Cuando la oración termina, Colmán hace la señal de la cruz y besa los yuyos. La cantinera se estira para alcanzar el porrón, trago que se abre en ala y los irá llevando querencia adentro. Un plomo hiere en la frente a Candelario Paez. Otro rompe el frasco. Y el oro líquido se mescla con sangre, como un atardecer.

—¡Rindansén, salvajes! — grita el oficial enemigo.

Nueve tercerolas responden. Paez agoniza mordiendo el polvo. Rumia el buey. Las balas deshilachan el humo, se hunden en la carne, repican en el cuero del toldo. El cielo de la carreta se va llenando de estrellas. Al ñudo desde la sombra, el clarín enemigo "rejurgita" el toque "a degüello" y hace gárgaras de sangre. Los federales "atropellan" a sus pingos, "se vienen", los "sientan" y gritan:

—¡Rindansén, salvajes!

—¡Fuego! — manda Colmán.

Los heridos, sedientos, se arrastran hacia la cantinera y la miran callados. Ella les acaricia en la frente, murmurando palabras que los tiros apagan. Cuando las pupilas se enturbian retira la mano helada y "alivea" a otro moribundo. Sus ojos negros no se apartan del sitio donde Serapio Aguilar pelea todavía. Ve la llamarada del arma. Le parece que el cantor respira por la tercerola el fuego de aquel cariño que nunca le declaró...

—¡Fuego!

Colmán pelea ahora con su trabuco y su palabra. Entre un disparo y otro, da ánimo a sus hombres, les nombra y enciende. A veces se dirige a un "dijunto"... El silencio le responde. Entonces el sargento carga de prisa, reemplaza al "finao" con un plomo y lo dispara "al bulto". Está mal herido. Por suerte la noche es oscura y puede guardar el secreto.

De pronto, a su derecha, "uno" le llama.

—¿Quién sos? — pregunta.

—Suárez — responde con esfuerzo el húsar.

— Adiós, amigo Colmán...

Se arrastra hasta el rubio:

—¿Está muy lastimao, hermano?... ¡Aguardemé!...

Mas el compañero parece tener prisa; se agarra de los yuyos como de una "clin", talonea un instante y muere. Se ha ido solo.

—Rosalía — grita Colmán a tientas. — ¿Estás a'l?

—¿Qué quiere, sargento? — pregunta ella de entre los muertos.

—Agua.

Y la china llora. Su llanto no alcanza. Apreta la guitarra contra el pecho, la mece... la mece y para hacer dormir a los húsares, entre alaridos y detonaciones, empieza a tocar una "güeya". La boca de la vigüela atrae a los agonizantes, les aspira el último aliento y suelta una a una sus ánimas con rumbo a los diez pagos de la canción. Por eso se defienden todavía. La guitarra es el trasfoguero que mantiene encendidos entre el humo acre los cinco tizones de las tercerolas.

—¡Rindansén!

El sargento Colmán ya iba a morir en silencio; pero al oír la intimación se arrodilla, tambalea, consigue incorporarse, por última vez ordena.

—¡Fuego!

—Y cae de bruces sobre el campo.

Un correntino obedece. Es Serapio Aguilar. Por fin le han dejado a solas con Rosalía. Todos los demás se han dormido borrachos de gloria. Ya no tiene rivales. Peleando, el húsar se acerca a la moza. Durante varios minutos dialogan a tercerola y guitarra. Es la inicial y el broche del romance. No se miran. No hablan. El bramido del macho y el canto de la china se funden bajo el dosel de humo. Aguilar horada a plomo esa cortina para que su amante pueda ver los astros. Y las motas tiemblan para los dos. Serapio cae primero. Sus ojos que se apagan, buscan los de la moza, que se encienden. Rosalía se inclina sobre él:

—¿Me oís, indio?

—Acuname...

Después se queda blanco y muy quieto...

—¡Rendite, salvajón — grita el oficial enemigo.

—Nadie responde. Todos los húsares se han ido ya. Sólo queda sonando una guitarra: la "güella"; el camino, con su horizonte azul de cintas y un mundo de pájaros. Una bala hiere a Rosalía en el pecho. Ella sigue apretando la vigüela. Madre gaucha, amamanta con sangre la canción. Se ponen pesadas las manos... después golpea las bordonas con el pulgar ciego ya y bajo la carreta de los húsares correntinos, entre muertos, sólo se oye con algo de chistido maternal, con algo de viento en los pañuelos de las despedidas, el suspirar de la guitarra y el silbo de las "moras" federales.



Lobos



SON los lobos, espléndidos animales que abundan en las costas del Río de la Plata, hasta poderse calcular su número en centenares de miles.

Están, comercialmente, catalogados en dos razas principales: finos y ordinarios.

Los primeros existen en número mucho menor y son especialmente apreciados por el valor de sus pieles, a tal punto que se ha llegado a una industria importante, preparándolas convenientemente.

Los lobos finos son de dimensiones más bien pequeñas. Se distinguen por la agilidad de sus movimientos, por su mayor inteligencia, que los mantiene siempre alertas, lo que obliga a tomar infinitas precauciones para conseguir sorprenderlos en época de matanza, o sea cuando se procede a sacrificarlos para quitarles la piel.

Los que se llaman ordinarios son mucho más corpulentos y se distinguen entre ellos por la transformación que se opera en estos animales, con el transcurso de los años.

Los más hermosos son los más viejos, a quienes se denomina pelucas. Gordos, o sea en la época que antecede a la del celo, los pelucas tienen las proporciones de un toro corpulento.

Los que cuentan de seis a siete años de edad son llamados pelucones. Bayungos, los que no alcanzan a seis años, bastante menos corpulentos que los pelucones.

Se llaman también plateados a los que tienen la piel característica, lo que parecería indicar que pertenecen a otra raza, pero no debe ser así pues conviven y cruzan con los antes mencionados.

Los pelucones, a pesar de su menor corpulencia, son los que dominan en las tribus, pues poseen mayor vigor y agilidad y aun cuando no han alcanzado la plenitud del desarrollo, están en edad en que poseen su mayor vigor.

Las hembras, mucho más pequeñas que los machos, a punto de que éstos, en época de celos, o cuando quieren apartarlas de algún peligro, las toman bajo sus aletas y se las llevan por entre las rocas o las aguas.

Los lobos finos y los ordinarios solo se juntan en circunstancias excepcionales, por ejemplo: cuando los sorprende una recia tormenta, o se cubren las aguas de espuma, a las que son singularmente desafectos. Confundidos mantienen cordiales relaciones pero no hay ejemplo de que las razas se crucen.

COSTUMBRES DE LOS LOBOS

Durante la mayor parte del año, los lobos llevan una vida, para nosotros misteriosa, en el seno de las aguas.

Recorren inmensas extensiones en busca del alimento, que lo constituyen las distintas especies de peces. Lo hacen en compactos cardúmenes, lo que facilita su caza por los barcos pesqueros contrabandistas que los destrozan con dinamita.

A largos intervalos, cuando amenazan recios temporales o sienten sus fuerzas agotadas, llegan hasta las islas, donde pasan breves temporadas de descanso, para volver de nuevo a sus actividades en las aguas.

De sus dramas en esa vida andariega, nos traen a veces el vestigio, las grandes heridas que procuran curar en la quietud y la soledad, o las cicatrices con que vuelven de sus prolongadas excursiones.

Pero llega la época de la parición y el celo y entonces, sí, nos es posible observarlos detenidamente, pues es cuando permanecen en tierra firme, por largo espacio de tiempo.

Buscan las playas. Primero los machos, ágiles, gordos y ya en celo, que se adelantan a las hembras, en procura de los mejores sitios de la isla, que les ofrecerán para que, cómodamente, den cría. En esos mismos sitios, después, se amarán.

Las hembras, ya próximas a dar cría, con lentitud, pues son ya muy pesados sus movimientos.

Llegan, pues, a las islas, en número fantástico. Surgen, se esconden en las revueltas aguas con espléndida agilidad y elegancia de movimientos. A impulso de sus poderosas aletas, cortan las aguas con la velocidad del rayo y jugueteando, muestran sus fuertes cabezas, las soberbias golas que flotan, los lustrosos vientres de claros pelajes que tienen el brillo del cristal.

Arriban a las islas, que por regla general son enormes moles de piedra que emergen de las aguas, a respetable distancia de las costas, valiéndose de sus aletas que son como poderosos brazos en muñones. Realizan un verdadero esfuerzo al arrastrar sus enormes torsos que al andar, cobran el movimiento ondulante de los gusanos.

Trepan por entre las enormes piedras en busca de las pequeñas playas de arena que existen en dichas islas. Burlan los obstáculos en forma increíble, hasta el punto de que se despeñan desde respetables alturas, pareciendo que van a sufrir golpes mortales.

De cuando en cuando se detienen como alarmados y, estirando mucho el poderoso cuello, como los caracoles cuando comienzan a asomar al sol, agudizan el olfato, buscando algo con sus grandes ojos, redondos, saltones y miopes, que parecen llenos de bruma, de esas brumas que, en los amaneceres de invierno, flotan en días opacos, sobre las aguas del río.

La posesión de los mejores sitios para las hembras provocan en los machos terribles luchas, en las que intervienen los pelucas y los pelucones. Pero los primeros son rápidamente puestos fuera de combate; el peso de los años les priva la rapidez en los movimientos y sus jóvenes rivales los hieren terriblemente, hasta ponerlos en fuga. Avergonzados entonces, tristes, abatidas las soberbias testas, llenas las pieles de sangre y del oro de las arenas, se van en busca de las rocas más apartadas de la isla y allí quedan en cura, exponiendo sus carnes desgarradas a los beneficios del sol y el agua salada. Y braman... Braman de dolor, de rabia, de angustia, por los hondos deseos que ya no podrán satisfacer... Y su gemido, grandes voces guturales, roncas y sonoras, rompen el silencio de la isla y se van en ecos que repiten, allá lejanas, muy lejanas, las aguas.

La lucha, pues, continúa encarnizada, entre los pelucones. Al principio combaten en grupos confusos. Las bocazas enormes, de agudísimos dientes buscan la presa más próxima, más fácil, de lo que resulta un lobo que, herido por dos rivales a un mismo tiempo, emprende la fuga arrastrándose casi moribundo, con las blancas costillas que le asoman, en ambos flancos, entre el rojo de las carnes.

Con frecuencia el que huye es sustituído por dos o tres nuevos campeones que llegan en retrazo. Y entonces la refriega tórnase encendida y cruel y sucede que los que llegan suelen vencer al que ya había comenzado a destacarse como el más seguro vencedor.

No resulta tarea nada fácil seguir las primeras incidencias de estos combates. Solo se aprecia un confuso montón de bestias, de abiertas fauces anhelantes, que chocan, se entremezclan y hieren. El loco movimiento de sus aletas levanta nubes de arena que, como polvo de oro, quedan flotando en el sitio de la pelea y se adhiere a la piel de los luchadores.

Durante la pelea, sus voces de coraje, de encono, de odio, de celo, confundidas, se asemejan al fragor de una batalla.

Por último, cuando ya un buen número de pelucones se ha declarado en fuga, solo quedan dos o tres en lucha sobre la arena, que, herida por el sol, ya no parece una gran sábana dorada, pues forma sobre ella como manchas de fuego, la sangre fresca aún, los cuajarones, que aún se estremecen de débiles palpitaciones como si ellos estuviesen también, lentamente muriendo.



Queda, por fin, el vencedor, soberbio de orgullo, ebrio de fuerza y coraje, se diría insensible al dolor que deben producirle sus terribles heridas. Queda solo sobre el lecho blando de arena, jadeante, recobrando alientos, bebiendo a inmensas y profundas bocanadas el aire azul empapado de luz y lanzando a breves intervalos, sonoros bramidos que traducen su alegría del triunfo y sus ansias de amor.

Y llegan las hembras; pequeñitas, torpes, con sus pobres vientres abultados y dolorosos, que arrastran cautelosas, y que parecen defender con las aletas al despeñarse entre las rocas.

Al aparecer allá, en las lejanías de las aguas, los machos jóvenes salieron a recibirlas, haciendo locas piruetas de alegría en las revueltas aguas que cortaban con sus cuerpos ágiles.

Ahora, al verlas aparecer, corren en su busca los machos triunfadores y, tomándolas cuidadosamente bajo sus aletas, se las llevan a la playa, al nido que formaron en la arena.

Ya instalados, hiergue él su imponente busto y, abriendo la bocaza, vueltos los ojos miopes hacia el sol que ya se va, lanza un inmenso alarido de triunfo que los otros contestan con lamentos, con voces de queja y de dolor y de vergüenza.

Y mientras todo el inmenso peñón y mientras las aguas, aún las más lejanas, parecen estremecidas por el infernal coro, las diminutas hembras, dolorosas, con mimo, lamen con sus largas lenguas, suaves y húmedas, las bárbaras heridas del vencedor.

La falta de energía y fuerza de los pobres viejos pelucones, soberbios sin embargo de belleza, los priva de los halagos y satisfacciones del amor, condenándolos al pasivo rol de abuelos.

En efecto: cuando nacen los lobitos, la loba se los entrega para que cuiden de ellos. Los lanzan al río para enseñarlos a nadar y los viejos pelucas, formando en semicírculo dentro de las aguas, sobre la costa, inmóviles, muy abiertos los ojazos miopes, flotantes las espléndidas golas, vigilan a los lobitos que, en sus primeros ensayos, se muestran tan torpes que corren el riesgo de perder la vida.

Resultan así los primeros días, de inquietud para los abuelos... Luego, cuando ya logran mantenerse a flote, los pobres pelucas se aburren, hasta quedar profundamente dormidos en las aguas, pero firmes en sus puestos, sin romper el cerco que podía permitir a los juguetones alejarse peligrosamente.

Entre tanto las madres, allá, en la playa de oro, comienzan a encenderse en celos.

Por espacio de mes y medio, o más, dura el período de parición y celo, o sea de quietud absoluta para la tribu, pues, durante todo ese tiempo, los lobos permanecen en la isla, se esperan para marcharse todos juntos, en grandes cardúmenes, en busca de pesca.

Como no pueden alimentarse mientras están en la isla, enflaquecen lamentablemente, perdiendo la armonía y belleza de sus formas: hasta la piel se les vuelve áspera, sucia y seca.

Es entonces cuando las cuadrillas de obreros, contratadas al efecto, realizan sus preparativos para las grandes matanzas.

Cuando éstas se efectún la isla, siempre envuelta en soledad y silencio, vuelve a poblarse de sonoros bramidos, bramidos de dolor y de miedo, que arranca a los lobos la mayor ferocidad del hombre.







LA GRAN TRAGEDIA DE PASTEUR

CINES

OFRECEMOS dos caracterizaciones del vigoroso actor dramático Paul Muni, en la creación del eminente biólogo francés Luis Pasteur, en un film de tanta humanidad y firmeza dramática, que por momentos adquiere la intensión de un símbolo.

Producido por Warner Bros, bajo la dirección de William Dieterle que realiza una obra de excepción por su calidad y por su espíritu, creada para honrar al genio y que honra a su vez el arte de la pantalla, desgraciadamente tan mal entendido por la mayoría de los productores americanos e imitados en esto por los directores argentinos que parecen recoger toda esa inútil cosecha de banalidad y mal gusto.





Ulises y Penélope, pintura mural de Pompeya.

PINTURA MURAL POMPEYANA

El arte de Roma fué puramente etrusco en los tiempos legendarios de los reyes y aún en los primeros siglos de la República. A Roma como a Etruria, llegaban de tiempo en tiempo, desde Grecia y desde la Italia meridional griega, las obras de arte y los artistas.

La influencia inmediata del arte griego alcanzó un grado más intenso así que la Campania quedó sometida al dominio de Roma. A partir de principios del siglo II, cuando los romanos intervinieron decisivamente en los asuntos de Oriente, comenzaron a ser trasladados a Roma los tesoros de las ciudades y santuarios griegos, y los artistas helenos pusiéronse al servicio de influyentes personalidades romanas.

La imagen de la Roma de estos siglos, hasta el comienzo del arte augusteo, debió ser bastante confusa. Solo se conservan datos aislados que no bastan para formarnos una idea concreta, puesto que faltan para ello los elementos esenciales. Al lado de la importación griega, cuyas conexiones con Roma eran superficiales pero no orgánicas, existió también la actividad artística propiamente romana, formando un arte nacional que parecía bárbaro al gusto griego, pero que tenía un carácter completamente marcado y diferente del helénico. Mientras las estatuas públicas se creaban en bronce y frecuentemente por artistas griegos, en las mascarillas de cera de los antepasados, conservadas en los atrios de las casas distinguidas, perduraba el retrato rudamente realista que conservaba los rasgos del muerto con todos su detalles por nimios que fueran. En contraposición al helenismo, el retrato individual desempeña un importante papel entre los romanos. Pero lo que expresaba ante todo el carácter de este arte nacional, y lo que debió determinar en más alto grado el aspecto de la ciudad y la impresión que producía el interior de los edificios, fué la pintura que en la Roma de la República, como en la Roma Imperial, fué aplicada a finalidades permanentes o efímeras con una intensidad no igualada hasta entonces por ningún otro pueblo. En todos los "triunfos" se ostentaban cuadros relatando los hechos bélicos del homenajeado hasta en sus menores detalles. Los generales victoriosos exhibian públicamente pinturas con la descripción de los combates. Todos los sucesos memorables eran conservados en efigie y transmitidos a la posteridad, afán representativo que no sólo alcanzó a los acontecimientos de la vida política, sinó también a los de la vida privada. Hasta en los tribunales de justicia se utilizaban para la acusación y la defensa representaciones figuradas de las cuestiones litigiosas. Consecuencia de este criterio es la consignación en la estela funeraria de todos los cargos honoríficos del difunto, mientras que los griegos solo registraban el nombre.

Personas de la más elevada nobleza cultivaron la pintura, lo que demuestra el grado de estimación que había logrado entre los romanos; pero de toda esta actividad artística solo nos han quedado restos exiguos e insignificantes.

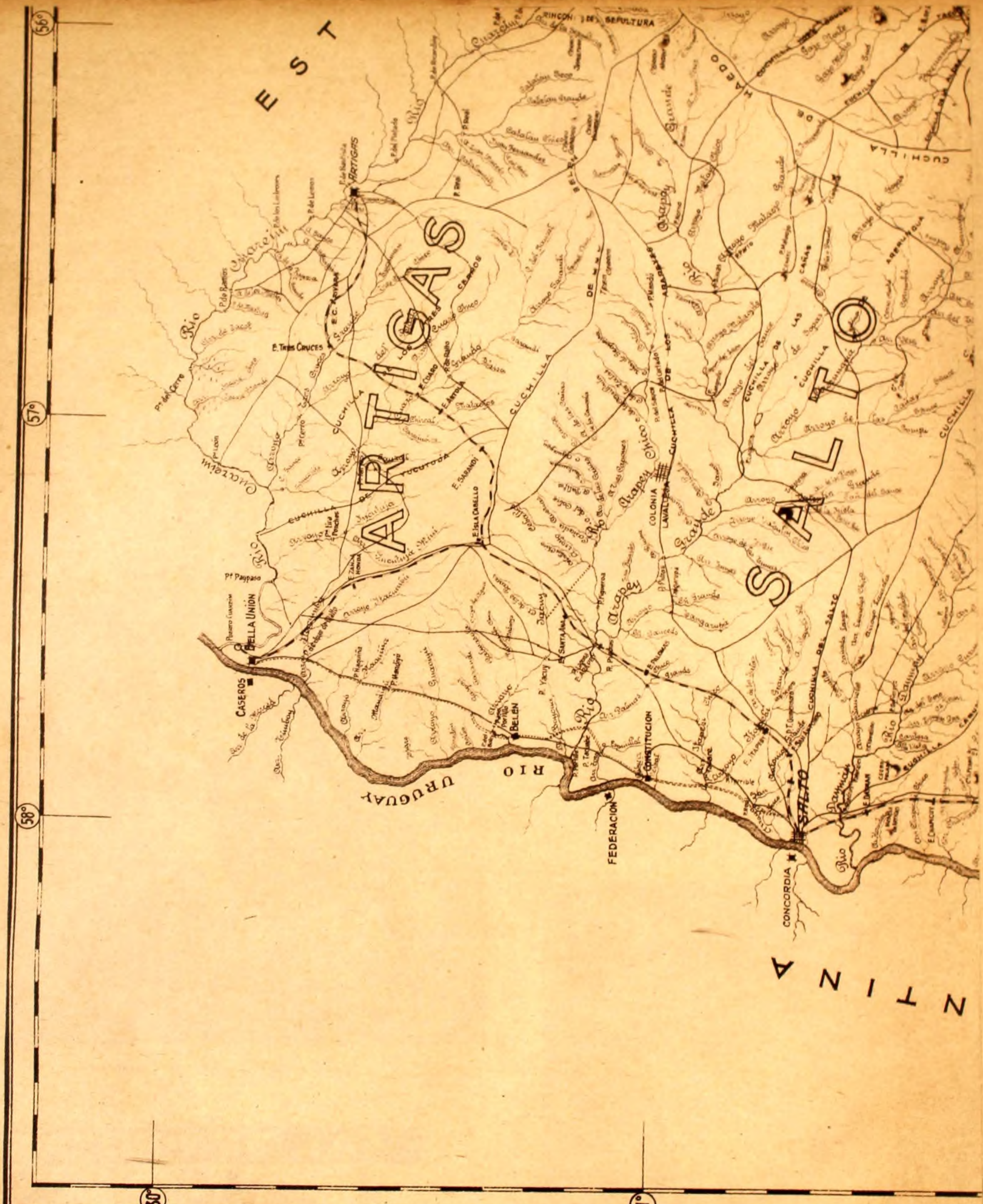
(Síntesis de un artículo de Gerhart Rodenwaldt).



Rapto de Europa, pintura mural pompeyana



Educación de Dionisos, pintura mural de Herculano.



ARTIGAS
SALTO
RIO URUGUAY
BELLA UNIÓN
CASEROS
BELEN
CONSTITUCION
FEDERACIÓN
CONCORDIA
E. TRES CRUCES
COLONIA LAVALLEJA
56°
57°
58°
30°
31°

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

HERMANOS EN SANGRE




Casa Soler
SUCURSAL GOES Av. Gral. FLORES 2341 AUTOMAT. 24400
SUCURSAL CORDON Av. 18 de JULIO 1601 AUTOMAT. 44400
CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302
AUTOMATICOS
SEC. TEJIDOS 24100
SEC. MER. y CONF. 24200
ESCRITORIOS 24300
SOLER HNOS.
Ropa interior de abrigo para Señoras
SELECTA VARIEDAD CON PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS
CAMISETA ALGODON "SUPER" $ 1.25
CULOTTE ALGODON "SUPER" $ 1.10
CAMISETA ALGODON AFELPADA MUCHO ABRIGO $ 1.50
CULOTTE IGUAL A LA CAMISETA $ 1.50
CAMISETA MAYA DE ALGODON (FRIZADA) $ 1.65
CULOTTE IGUAL A LA CAMISETA $ 1.40
CAMISETA DE ALGODON TIPO "MAYO" $ 1.20
CULOTTE IGUAL A LA CAMISETA $ 1.00
CAMISETA AFELPADA BLANCA RECLAME $ 1.20
CULOTTE ALGODON CRUDO FRIZADO $ 0.75
CAMISETA ALGODON Y SEDA "TIPO VOGUE" $ 1.25
CULOTTE ALGODON Y SEDA TIPO VOGUE $ 1.25
CAMISETA ALGODON CRUDO, PUNTO SUIZO $ 0.40
CULOTTE JERSEY ALGODON PEINADO $ 0.48
CAMISETA ALGODON PUNTO SUIZO $ 0.70
CULOTTE ALGODON MAYA FANTASIA $ 0.90
CAMISETA "TIPO VOGUE" LA MEJOR CALIDAD $ 2.00
CULOTTE IGUAL A LA CAMISETA. $ 1.20
CAMISETA ALGODON PUNTO SUIZO $ 0.60
CULOTTE JERSEY ALGODON SUPERIOR $ 0.65
CAMISETA ALGODON Y SEDA" PUNTO SUIZO" $ 1.10
CULOTTE JERSEY ALGODON Y SEDA $ 0.90
CAMISETA ALGODON "PUNTO SUIZO" $ 0.65
BOMBACHA JERSEY ALGODON $ 0.60
CAMISETA ALGODON Y SEDA "PUNTO SUIZO" $ 1.10
BOMBACHA JERSEY ALGODON Y SEDA $ 0.80
CAMISON FRANELA, PRECIO RECLAME $ 1.65
ENAGUA PUNTO ALGODON Y SEDA. $ 1.15
CAMISON DE FRANELA-CALIDAD SUPERIOR $ 2.25
ENAGUA PUNTO ALGODON Y SEDA. $ 2.00
EN NUESTRAS TRES CASAS